

RENOVAR AL HOMBRE

Por Juan María Robles Febré

El Papa Pablo VI, en la carta que dirigió al cardenal de Fusterberg, presidente del Comité Central del Año Santo, le dice que lo que se propone en este jubileo es la «renovación del hombre y su reconciliación con Dios». Estas dos ideas fundamentales las ha ido desarrollando en distintas homilias y audiencias. Especialmente en la homilía que pronunció el 27 de junio de 1973, al llamar de un modo singular a este Año Santo el de la «renovación», va comentando este aspecto importante de la actividad humano cristiana.

«Renovación —dice el Papa— es una palabra afortunada. También el Año Santo la ha hecho suya. Todos la repiten en todos los campos. Se aplica a las leyes, a las costumbres, a los modos de pensar y de vivir; a la cultura, al arte, a las estructuras sociales, a la manera de concebir la vida, a las relaciones internacionales; se aplica también a los pequeños hábitos, a la moda, a las formas de hablar y de escribir, y así sucesivamente. Todo debe ser nuevo, todo debe ser renovado».

Este aspecto, que podríamos llamar «general humano», de la renovación es también intentado por el Papa en el Año Santo. El mismo cardenal de Fusterberg, en el discurso en el que respondió al Padre Santo, el 7 de junio pasado, al recibir a este Comité Central para el Año Santo, hace alusión a este deseo pontificio de «renovación universal». «Este —decía el cardenal, refiriéndose al Año Santo—, es como un espacio de reflexión, de penitencia y de plegaria, en el cual la Iglesia llama a sus hijos, cercanos y lejanos, Y A TODOS LOS DEMAS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD, para que busquen en Dios las verdaderas razones de su existencia, para que se conviertan y reconcilien con El, en Cristo, poniendo así las premisas de una reconciliación fraternal en una dimensión eclesial y universal».

Luego el Año Santo no sólo se abre de un modo especialísimo para todos los cristianos. Es también una invitación del Papa a la reflexión de todo hombre, a que se considere cada uno sujeto de una necesaria y fructuosa renovación. Por supuesto, que será el cristiano el que encontrará en ésta el gran hecho de «algo nuevo» que hay que avivar. Porque esa renovación que pide el Papa apunta al interior del ser humano. Pero también todo hombre puede y debe avivar esa huella de Dios que lleva dentro. Este hambre de progreso cambiante, evolutivo y liberador, que padece hoy el mundo, puede quedar insaciada, si no se busca que el que progresa de una manera auténtica y total sea el mismo hombre.

Al final de su interesante libro «La incógnita del hombre», al doctor Alexis Carrel, escribe este párrafo, que es también una invitación a la renovación humana, desde un nivel puramente humano, por supuesto, pero husmeando no poco en lo divino. «Debemos levantarnos y caminar. Debemos liberarnos de la tecnología ciega y comprender la complejidad y la riqueza de nuestra propia naturaleza. Las ciencias de la vida han enseñado a la humanidad su fin y han puesto a su disposición los medios de alcanzarlo. Pero nos hallamos aún sumergidos en el mundo creado por las ciencias de la materia inerte, sin ningún respeto por las leyes de nuestro desarrollo, sin ningún respeto para las necesidades de nuestro espíritu. Es un mundo que no está hecho para nosotros, porque ha nacido un error de nuestra razón y de la ignorancia de nuestro verdadero ser».

Y es que el hombre lo primero que debe hacer es arribar hasta sí mismo, porque, si lo logra, arribará, de hecho, hasta Dios. El hombre es

más de Dios que de sí mismo. Es más, no sería «de sí mismo» se no fuera de Dios, que le ha querido dar esta esencialidad de lo espiritual entrañado con lo material. Pensemos que uno no es de Dios de cualquier manera. Puesto que somos «de Dios y para Dios», nuestra relación con El no es algo que nos «sobreviene», postizo, sino algo que «traemos ya» al ser hombres, algo constitutivo. Por eso, al rebuscar en nuestro corazón nos encontramos con tantas añoranzas divinas: Un deseo de vivir siempre, una búsqueda de una felicidad inagotable y total, un hambre de verdad absoluta, una exigencia de un amor que encuentre amor y no de una manera pasajera. Todos son indicadores, flechas, comunes que nos está señalando la misma dirección: Dios. Y no sólo dirección de origen, sino también dirección de término.

Sí, hay que renovar al hombre, hay que hacerlo de verdad hombre. Un hombre que no resulta realmente nuevo, ante el pobre materialista concepto de hombre que estamos masticando cada día. Es cierto que somos tierra, sí, pero no somos solamente eso. Una mirada al hombre bajo este sólo aspecto es incompleta y escisiva. El poeta Pablo Neruda, en su planetario «Canto general», dice del hombre —en su poema «Orinoco»—:

«Viene de donde vengo, de las pobres y altivas soledades, de un secreto como una sangre, de una silenciosa madre de arcilla...»

Y en su poema «Los hombres», escribe:

«...el hombre hecho de piedras y de atmósfera, limpio como los cántaros, sonoro.»

En un autor actual leemos:

«El hombre es un accidente cósmico, una enfermedad de este planeta, que tardará en desaparecer». Recordamos también aquella frase del satírico inglés Jonathan Swift, en su célebre libro «Viajes de Gulliver»: «El hombre es la variedad de gusano más dañina que la naturaleza haya tenido que soportar sobre la faz de la tierra».

Nos amarga la boca y el alma ver este enfoque, triste y desesperante, del ser humano. Es verdad que todos tenemos un interno y destacado amor a la tierra. Pero no hasta tal grado, que no nos encontremos con el asombro ante la llegada del hombre al mundo. Porque no tenemos más remedio que ver en ella «algo nuevo», algo inexplicable, pero que está ahí y que es precisamente darse cuenta de que somos así: Un ser que piensa y ama, y, sobre todo, «que lo sabe». Un ser que, en este aspecto esencial ya no le puede llamar a la tierra «madre». Porque ella no ha podido darle esto. La podrá llamar vasija, y cántaro, y ánfora... pero nada más. El precioso perfume, la única esencia que lleva dentro este artefacto de barro no es aquí, aunque esté aquí...

No, amigos humanos, no podemos sofocar los interrogantes del «por qué, de dónde y para qué»...

Y en medio de esta tremenda oscuridad nos contestará Dios, como a los israelitas desde la nube. Una nube que después se ilumina en nuestras noches y que irá dejando llover, como lluvia ansiada, la Verdad. La que te dice lo que tú eres, hombre. Y resultará entonces que no eras tú sólo el que caminabas hacia la verdad, sino que era la Verdad la que ha caminado con más prisa hacia ti.

HUMOR DE FERRI



EN PUNTA

EDUCACION DESE EDUCADORA

Por Antonio Aradillas

Ocurrió el hecho en una ciudad castellana: unos almacenes pretendieron regalarles a los niños de todos los colegios otras tantas huchas, con la condición de que el dinero que ahorraran en ella fuera después invertido en la compra de regalos pertenecientes a tales almacenes. Alertada convenientemente, la Asociación de Padres de Familia, impidió tal plan, por estimar que el afán de consumismo no podría ser nunca educativamente estimulado en sus hijos, por nadie menos por unos almacenes...

Y es que, pensar que los niños fundamentalmente como clientes actuales y como futuros clientes el día de mañana, llega a constituir una aberración antieducativa. Preparar, programar y potenciar el consumismo en el hombre, ya desde sus pasos primeros conscientes en su relación con los medios de adquisición, no deja de ser una lamentable actividad que perjudicará positivamente a la sociedad.

Bien está que se estimule correctamente el ahorro y hasta que se les eduque a los niños en el conocimiento de las fuentes de inversión, para que el día de mañana sus posibilidades y modos no les sorprendan desprevénidos y no entiendan ni siquiera su lenguaje o terminología. Lo que no puede estar bien nunca es que se programen sus incentivos para gastar desconsideradamente, convirtiéndolos más que en hombres, en vulgares sujetos de consumo, obsesionados con la idea de gastar todo lo que tienen y más, hasta hipotecar para siempre su vida y la de sus futuros hijos, sin posibilidad de gozar en paz de lo propio y con la secuela de problemas familiares, sociales y personales que esta situación de hipotecas lleva consigo... Los ejemplos sobrea-bundan con toda su carga de desdichas.

No es ya infrecuente, sobre todo en las grandes ciudades, encontrarse por las calles con personas que van hablando en solitario, sosteniendo para sí y en voz relativamente alta, una larga conversación en la que comentan lo caro que está la cesta de la compra y los problemas familiares o amistosos. Tampoco es frecuente que otras personas manifiesten especial interés por establecer una conversación con cualquiera, solo con que se les dé la más leve ocasión para hacerlo...

Precisamente en las grandes ciudades y en medio de la muchedumbre, el hombre siente la apremiante necesidad de comunicarse con alguien, convencido de la tremenda soledad en la que habita, con tantas y tan dolorosas pruebas como le proporciona el alejamiento de los demás en que vive, a consecuencia de las grandes distancias, de los ruidos, de las prisas y, sobre todo, del afán de ir y de estar cada uno en lo suyo.

Una palabra o una conversación llega a ser la mejor obra de caridad y de justicia que se puede realizar con tales personas. Precisamente en esa palabra, el hombre se encuentra a sí mismo, descubriendo el verdadero rostro de sus propios problemas, escuchando su eco y entendiéndose como ser sociable, con la posibilidad y el compromiso de portarse después como tal. A las personas no se les deberá negar nunca la palabra. Aún más, se nos exige hoy disponer de una sensibilización suficientemente desarrollada como para descubrir la soledad de los hombres y establecer con ellos una conversación salvadora, que les devuelva su rostro de hombres, desfigurado en medio de la terrible soledad que define hoy a las grandes ciudades.

PROHIBIDO ESTROPEAR EL CAMPO MÁS DE LO QUE ESTÁ

